

armas. La sexta, de las costumbres que pertenecen al caballero. La séptima, del honor que debe tributársele.

Al fin de este tratado se refiere el autor a otro análogo que había compuesto sobre el *orden de clerecía*. No ha sido descubierto hasta ahora, pero la materia sobre que debía versar está tratada extensamente en el *Blanquerna*, una de las obras capitales de R. Lull, bajo el concepto literario, y que merece con toda propiedad el título de novela social y pedagógica. Los doctos autores de la *Historia Literaria de Francia* (1) van todavía más allá, y suponen que esta larga historia de un joven que buscando la felicidad y la perfección recorre diversos estados y condiciones del mundo, matrimonio, religión, prelación, sumo pontificado, y acaba por hacerse ermitaño, reconociendo que la vida contemplativa es superior a todas, puede considerarse, aunque muy remotamente, como una especie de preparación anticipada de las novelas biográficas, cuyo primer modelo había de producir España más adelante, y que con tenacidad moral infinitamente menos ascética hacen atravesar igualmente a su héroe todas las situaciones sociales, sirviéndose de esta ocasión para pintar la sociedad contemporánea bajo los aspectos más diversos. Tal semejanza, si existe, es ciertamente de las más lejanas, y no puede imaginarse más raro precursor de Lazarillo de Tormes y de Guzmán de Alfarache que el contemplativo ermitaño Blanquerna, autor de las divinas efusiones del *Cántico del Amigo y del Amado*.

De todos modos, el plan biográfico del *Blanquerna*, aunque parece tan natural y sencillo, era enteramente original y creaba un nuevo tipo en la novela moderna. El *Barlaam* pudo sugerir a R. Lull la idea de un relato largo y piadoso, entremezclado de apólogos, ejemplos y reflexiones morales y ascéticas, pero el plan de la leyenda budista y el del *Blanquerna* son enteramente diversos. Además, el *Blanquerna* tiene mucho de memorias personales: la vida que el protagonista hace en el yermo es la de Raimundo en Miramar y el Monte Randa; la censura, a veces acerba, de las imperfecciones del clero secular y regular, y de los vicios que la opulencia engendraba en la poderosa burguesía de las ciudades marítimas y mercantiles de Levante, está dictada por una larga experiencia de la vida, y demuestra un espíritu observador fino y penetrante, que no pierde de vista la tierra hasta cuando parece que más se aleja de ella en sus ensueños místicos y en sus construcciones transcendentales. Este realismo literario de algunas partes del libro no es lo que menos sorprende.

Fué el beato Ramón una naturaleza mixta de pensador y poeta, de tal manera que ni su arte dejó de ser didáctico nunca ni las ideas se le presentaban primeramente en forma especulativa y abstracta, sino de un modo figurativo y arreadas con los colores de la poesía simbólica. Pensaba con la imaginación antes de pensar con el entendimiento, o más bien, en su intuición maravillosa, iban mezcladas la idea y la forma inseparable-

(1) *Histoire Littéraire de la France. Ouvrage commencé par des religieux bénédictins de la Congrégation de St-Maur et continué par des membres de l'Institut (Académie des Inscriptions et Belles-Lettres)*. Tomo 29. París, Imprenta Nacional, 1885, pág. 347.

Sabido es que en esta obra monumental figuran, no solamente los escritores nacidos en Francia, sino todos los que por algún concepto han influido en la cultura francesa de los tiempos medios. R. Lull no podía faltar, como jefe de una escuela famosa que tuvo en Francia numerosos partidarios. La monografía que le concierne y ocupa la mayor parte de este volumen, fué redactada en su mayor parte por Littré y terminada por Haureau. Trabajo excelente y utilísimo desde el punto de vista de la erudición literaria, no satisface de igual modo las exigencias de la crítica filosófica, por la estrechez e intransigencia del criterio positivista y nominalista en que se informa, el menos adecuado para penetrar en el alma de un teólogo, de un metafísico y de un místico del siglo XIV.

mente. Y así como el mito y la ironía son elementos perpetuos y esenciales en la filosofía platónica, así lo son en la filosofía luliana de alegoría, el apólogo y las representaciones gráficas en forma de árboles y de círculos. El carácter popular de la doctrina estaba de conformidad con esto, y puede decirse que el bienaventurado mártir filosofaba por colores y figuras. Sus mismas aficiones cabalísticas, y las misteriosas virtudes que parece reconocer en los números y en los nombres, encierran un elemento estético, aunque de orden inferior: el elemento combinatorio. El *árbol de la ciencia* es un paso más, y dependientes de aquel vasto, aunque sencillo, simbolismo, aparecen ya los apólogos, si bien subordinados a un fin de prueba y enseñanza, y dotados por lo común de más virtud silogística que eficacia estética. Del apólogo, aun concebido así, no era difícil el tránsito a la novela docente, representada en la vasta biblioteca luliana por el *Libro de Maravillas* y el *Blanquerna*: el primero, más ameno y curioso por la variedad de materias; el segundo, muy superior por la grandeza de la concepción, por el plan lógico y bien ordenado y por tener intercaladas las páginas más bellas que en prosa escribió su autor; el *Cántico del Amigo y del Amado*, joya de nuestra poesía mística, digna de ponerse al lado de los angélicos cantos de San Juan de la Cruz.

Es el *Blanquerna* una novela utópica, pero no fantástica y fuera de las condiciones de este mundo, como lo son, por ejemplo, la *República*, de Platón; la *Utopía*, de Tomás Moro; la *Ciudad del Sol*, de Campanella; la *Oceana*, de Harrington, o la *Iquiri*, de Cabet. Al contrario, Raimundo Lull, tenido comunmente por entusiasta y aun por fanático, aparece en este libro muy más práctico y de más recto sentido que todos los moralistas y políticos que se han dado a edificar ciudades imaginarias. No hay una sola de las reformas sociales, pedagógicas o eclesiásticas propuestas por Ramón Lull cuyo fondo no esté dado en alguna de las instituciones de la Edad Media y de su patria catalana, ninguna de las cuales él intenta destruir, sino avivarlas por la infusión del espíritu cristiano, activo y civilizador. Es cierto que a través de las peripecias y episodios de la novela, y mezcla los con sus raptos y efusiones místicas y con la exposición popular de su teología, va persiguiendo el beato Ramón los propósitos y preocupaciones constantes de su vida: la liberación de Tierra Santa; la enseñanza de las lenguas orientales; la polémica con los averroístas, y el querer probar por razones naturales los dogmas de la fe. Pero todo esto, que con ser más o menos aventurado e irrealizable, pertenece, sin duda, a la esfera más alta de la especulación y de la actividad humana, es, en cierto sentido, independiente de la utopía social y de la fábula novelesca, la cual, a decir verdad, está cifrada en los ejemplos de perfección que en sus respectivos estados nos dan Evas y Aiona y su hijo *Blanquerna*.

No será bien que abra tal libro quien busque solamente en lo que lee un frívolo y pasajero deleite. No se enfra que en su lección quien no tenga el ánimo educado para sentir lo primitivo, lo rústico y lo cancheroso. Nunca se vió mayor simplicidad de palabras cubriendo más peregrinos conceptos y magnánimos propósitos. Todo es natural y llano; todo plática familiar y desaliñada, en cuyos revueltos giros fulguran de vez en cuando las iluminaciones del genio. Si la lengua que el autor usa conserva todavía algún dejo y resabio de provenzalismo (1), y no es con toda pureza la lengua del pueblo de

(1) El verdadero texto catalán del *Blanquerna* no se ha impreso todavía, aunque existen de él dos o tres códices más o menos completos. De uno de ellos, perteneciente a M. E. Piot, publicó extractos el Sr. Mo-el Fatio, en el tomo VI de *la Romania* (1877).

La edición de Valencia, 1521, por Juan Joffe, es un *rifacimento* de Mosen Juan Bonlabii,

Cataluña en el siglo XIII, es como todo eso, lengua eminentemente popular, no tanto por las palabras y por los giros, como por el jugo y el sabor villanesco: verdadero estilo de fraile mendicante, avezado a morar entre los pobres y a consolar a los humildes.

Y era el alma del autor tan hermosa, y de tal modo, a pesar de su triste experiencia mundana, había vuelto, por auxilio de la Divina Gracia, a la bienaventurada simplicidad de los párvulos y de los pobres de espíritu, que nadie, al leer una buena parte de sus capítulos, recuerda al gran filósofo sintético, llamado por alguien, con frase audaz, el *Hegel cristiano de los siglos medios*, sino que la primera impresión que se siente es que tal libro hubo de brotar del espíritu de un hombre rudo y sin letras, pero amantísimo de Dios y encendido en celestiales y suprasensibles fervores. Y sin embargo, ¡cuánta doctrina! Pero toda ella popular y acomodada al entendimiento de las muchedumbres, para quien este prodigioso varón escribía. Aquí está el último fondo del *Arte Magna* y del *Libro del ascenso y descenso del entendimiento*; pero no en la forma aceda, conveniente a paladares escolásticos, sino todo en acción, en movimiento, en drama.

Y este drama tiene para nosotros otro valor, el valor histórico, como que puede decirse que todo el siglo XIII va desfilando a nuestra vista. Aquí penetramos en el cristiano hogar de Aloma, y asistimos a las castas y reposadas pláticas de los padres de *Blanquerna*, y a su conversión a Dios entera y heroica, fecundísima en frutos de buen ejemplo. Aquí, en la delicadísima figura de Cana, la monja y la abadesa, renace con todos sus místicos esplendores y suavísimas consolaciones el huerto cerrado de las esposas de Cristo. Aquí el caballero feudal, robador y tirano, aparece domado por la cruz y las parábolas del monje y del ermitaño. Aquí vemos poblarse de anacoretas las benditas soledades de Miramar y de Randa, y es tal el encanto de realidad contemporánea que el libro tiene, que a ratos nos parece recorrer las plazas de alguna ciudad catalana de los siglos medios, y mezclarnos en el tráfigo de mercaderes, juglares y menestrales, y a ratos acompañar el séquito de los Cardenales por las calles de Roma, y oír en el Consistorio la voz del Papa *Blanquerna*, repartiendo las rúbricas del *Gloria in excelsis*.

Hay en el *Blanquerna* algunos versos intercalados, pero lo más poético, ya lo hemos dicho, es el *Cántico del Amigo y del Amado*, que está en prosa, si bien partida en versículos que contienen ejemplos y parábolas, tantos en número como días tiene el año, formando el conjunto un verdadero *Arte de contemplación*. Pero de este admirable diálogo, que fácilmente puede separarse del *Blanquerna*, y varias veces ha sido impreso aparte como libro de devoción (1), ya he escrito bastante otras veces, y su estudio incumbe a la historia del misticismo español y de la poesía lírica. Únicamente recordaremos, porque explica en parte la forma poética del *cántico* (de ningún modo su espíritu), lo

como ya lo anuncia la portada: *Traduit y corregit ora novament dels primers originals, y estampat en llengua Valenciana*.

De ella proviene, pero no exclusivamente, la traducción castellana del siglo XVIII, impresa en Mallorca:

Blanquerna, Maestro de la perfección cristiana en los estados de Matrimonio, Religión, Prelacia, Apostólico Señorío y Vida Eremitica. Compuesto en lengua lemosina por el iluminado Doctor Martir, invictissimo de Iesu-Christo y Maestro universal en todas Artes y Ciencias, B. Raymundo Lulio..... Traducido fielmente ahora de el valenciano, y de un antiguo Manuscrito Lemosino, en lengua castellana. 1749. Mallorca, imp. de la Viuda de Frau. 4.º

Hay una reimpression de Madrid, 1881-1882, dos volúmenes en 8.º con un breve prólogo mío. Un breve pero atinado estudio sobre el *Blanquerna* hay en el libro de Adolfo Helfferich, *Raymond Lull und die anfänge der cotalonischen literatur* (Berlín, J. Springer, 1858), pp. 114-118.

(1) En este mismo año de 1903 se ha reimpresso en Madrid la traducción castellana de este librito, por diligencia del insigne escritor mallorquín D. Miguel Mir.

que el mismo Lulio dice de la ocasión que tuvo para componerle: «Acordóse Blanquerna de que siendo Papa le refirió un moro que entre los de su ley había algunas personas religiosas, las cuales son muy respetadas y estimadas sobre las demás, y se llaman *sofies* o *morabitos*, que suelen decir algunas palabras de amor y breves sentencias que inspiran al hombre gran devoción, pero necesitan ser expuestas, y por la exposición sube el entendimiento más arriba en su contemplación, y con él asciende la voluntad y se multiplica más la devoción. Después de haber considerado todo eso, resolvió Blanquerna componer su libro según el dicho método, para multiplicar el fervor y la devoción de los ermitaños».

Escrito el *Blanquerna* en 1283, según plausible conjetura del P. Pascual, antecedió en tres años a la otra larguísima novela titulada *Libre de Maravelles*, o más propiamente, *Libre apellat Felx de les maravelles del mon*, que el beató Ramón terminó en París el día de la Natividad de 1286 (2). El lazo entre ambas narraciones es manifiesto, puesto que el ermitaño Blanquerna es uno de los personajes de la segunda. La fábula general tiene mucho menos interés en el *Libro Félix*, y puede contarse en dos palabras. Un hombre llamado Félix va por el mundo, *maravillándose* de todas las cosas que encuentra al paso (de aquí el título del libro) y sacando de la consideración de todas ellas fundamentos y razones para loar y glorificar continuamente a Dios. Así, como el *Blanquerna* es el primer *specimen* de novela biográfica en las literaturas occidentales de la Edad Media, el libro de las peregrinaciones de Félix es el más antiguo tipo de la novela episódica que los franceses llaman *A tiroirs*. Cada una de las personas que Félix va encontrando en su viaje, sea pastor, ermitaño o filósofo, hombre de cualquier estado o condición, cuenta diversas historias, ejemplos y parábolas, para responder a las continuas preguntas de aquél.

Dos cosas son de considerar en el *Libro Félix* y explican la predilección con que la crítica le ha mirado: lo enciclopédico de su contenido y la presencia de elementos profanos, de sumo interés para la historia general de la novelística, y que en ninguna otra de las producciones de su autor aparecen. En cuanto a lo primero, el *Félix* es un tratado popular, no sólo de moral y de teología, sino de ciencias físicas y naturales, y en algunos puntos contiene importantes ideas que no están desenvueltas, a lo menos con tanta claridad, en ningún otro libro luliano; sirva de ejemplo la clarísima descripción de las propiedades del imán y de la aguja náutica (en que tanto hincapié hizo el P. Pascual para atribuirle, bien gratuitamente, su descubrimiento), las ideas acerca de la generación de los metales y la reprobación paladina del arte vana e irrisoria de la alquimia, entre cuyos adeptos se pretendió luego afiliar al beato Ramón, inventándose multitud de

(2) El texto catalán fué publicado por D. Jerónimo Roselló en dos volúmenes de la *Biblioteca Catalana* dirigida por D. Mariano Aguiló. Carece todavía de portada y preliminares, como los demás de tan preciosa colección.

Estando ya en prensa este pliego, recibo de Mallorca el tercer volumen de las obras lulianas, donde aparece nuevamente el *Libro Félix*, con un bello prólogo de D. Mateo Obrador.

Son raros en las colecciones lulianas los códices de esta obra. Seis únicamente menciona la *Histoire Littéraire*. Poseo otro del siglo XVII, que me legó D. José María Quadrado, de buena y gloriosa memoria.

Al castellano fué traducido por un lulista anónimo, acaso el mismo que interpretó el *Blanquerna* (*Libro Félix o Maravillas del Mundo. Compuesto en lengua lemosina por el Iluminado Doctor, Maestro y Martyr el Beato Raymundo Lulio Mallorquin, y traducido en Español por un Discipulo; puestas algunas notas para su mas facil inteligencia*) (Mallorca, 1750, imp. de la Viuda Frau), 2 ts. 4.º. Se atribuye esta versión al P. Luis de Flandes. Sobre una traducción francesa del siglo XV, que permanece inédita en un lujoso códice de la Biblioteca Nacional de París, puede consultarse la *Historia Literaria de Francia* (t. XXIX, pp. 345-362), que da algunos extractos.

libros apócrifos con su nombre, siendo así que él negaba en redondo la posibilidad de la transmutación artificial de las sustancias metálicas (1).

En diez libros o partes, de muy desigual extensión, trata Lulio sucesivamente de la existencia de Dios, de la Unidad de su esencia y Trinidad de personas, de la Creación de la Encarnación, del pecado original, de la Virgen Nuestra Señora, de los Profetas, de los Apóstoles, de los ángeles, del cielo empíreo y del firmamento; expone la teoría cosmológica de los cuatro elementos, su composición, corrupción y movimiento; explica las nociones meteorológicas sobre el rayo, el relámpago, el trueno, las nubes, la lluvia, la nieve, el hielo, los vientos y las estaciones del año; discurre alegóricamente sobre las plantas y los minerales; sustituye la zoología con el grande apólogo quo examinaremos después; escribe un largo tratado de antropología y ética, en que es digno de especial atención el estudio de los afectos y pasiones, de las virtudes y de los vicios, y dedica los dos últimos libros a cuestiones de teología popular sobre el Paraíso y el Infierno.

Ya hemos dicho que toda esta enciclopedia está compuesta en forma de diálogos y corroborada con innumerables ejemplos e historietas: hasta 365, según la división favorita de su autor. Muchos de estos apólogos, como inventados por él con puro fin de enseñanza, carecen de verdadero contenido poético y rayan en secos y triviales, lo mismo que otros que hay sembrados en el *Blanquerna*. Pero con ellos se mezclan algunos de origen popular o de tradición literaria, ora procedan de sermonarios y repertorios de ejemplos para los predicadores (como el de la dama que por extraña manera, difícil de ser expuesta en términos limpios, curó de su loca pasión a un Obispo (2), anécdota que luego, muy adecuada y poetizada, atribuyó la tradición al mismo Lulio y a una dama genovesa), ora, y es caso más frecuente, tengan sus paradigmas en algún apólogo oriental, como el del gallo y el zorro, tratado también por Lafontaine, o el del ciego que enterró un tesoro y viéndose burlado luego por un fiel vecino suyo encontró hábil e ingeniosa manera para hacer que el mismo ladrón volviera a poner en él escondite las mil libras que le habían robado.

Pero el verdadero interés literario del *Libro Félix* consiste en la parte 7.^a, que sin dificultad puede aislarse de las restantes, como lo hizo Conrado Hofmann, publicándola con el título algo pomposo de *Thiereros*, o sea epopeya animal (3). En el original se llama *Libre de les Besties*, y hay indicios para creer que R. Lulio le compuso antes de pensar en escribir el *Félix*, dende aparece violentamente intercalado.

El *Libre de les Besties* es un vasto apólogo con honores de poema satírico en prosa, dentro del cual se intercalan muchos apólogos cortos. Comienza el relato con la

(1) Véanse los excelentes trabajos de D. José R. de Luanco, *Ramón Lull, considerado como alquimista* (Barcelona, 1870), y *La Alquimia en España* (Barcelona, 1889-1897).

(2) «Era un bisbe luxuriós qui amava una dona qui molt amava castedat. Moltes vegades hac pregada lo bisbe la dona que faes sa volentat, e la dona li deya totes les vegades que partis de ella, e que no volgues donar a menjar al lop les ouelles que li eren comanades. En tan gran cuyta tenia lo bisbe la dona, que ella ne fo enujada, e secretament feu lo bisbe venir tot sols a la sua cambra, e en presencia de dues donz lles de la dona e de un seu nebot, despulles denant lo bisbe, e romas en sa camisa que era sutza de sutzetat vergonyosa a nomenar e a tocar. Com la bona dona li hac mostrada sa camisa, puxes sa despulla e mostras a ell tota nua, e dix li que si hauia uyls que guardas per qui perdia castedat e Deu, e auilaua lo cors de l'hesu-christ com lo sacrificaua, e que guardas per que la volia fer venir en ira de Deu, e de son marit, e de sos amichs, e en basme de les gents, e que fos enemiga de castedat e sotsmesa a luxuria. Hac lo bisbe gran vergonia e contricció, e marauellas desa gran follia, e de la gran castedat e virtut de la dona, e fo puxes hom just e de santa vida.» (Tomo II de la ed. de Roselló y Aguiló, pp. 54-55).

(3) *Ein katalanische Thiereros von Ramon Lull* (München, 1872).

elección de rey de los animales, que recae en el león, y describense luego las intrigas de la corte de éste, en que principalmente interviene el zorro, representación de la astucia.

No cabe controversia ni sobre el origen de la ficción principal ni sobre los apólogos accesorios. Pudo creerse al principio que teníamos aquí la única forma española conocida del ciclo satírico de *Renart*. No era enteramente desconocida esta creación poética para R. Lulio, puesto que de ella tomó el nombre de su protagonista, a quien designa siempre, no con el genérico de *volp*, sino con el propio y peculiar de *Na Renart*, siendo de notar la sustitución del género femenino al masculino que este animal tiene en las versiones francesas.

Pero a esto se reduce toda la decadentada influencia, puesto que las demás semejanzas que una lectura superficial pudiera sugerir como verosímiles entre ambas obras no son más que las muy vagas y remotas que existen entre el *Renart* y el verdadero modelo que R. Lulio tuvo a la vista, el cual no es otro que el famoso libro árabe de *Calila y Dimna*, del cual imitó el cuadro de la fábula y también muchos de los cuentos, pero todo ello con tan nobles y substanciales diferencias, que, a no suponerlas nacidas de su propio ingenio y capricho, indican que no tenía el original a la vista, aunque recordaba los principales puntos de él. Desde luego es original de Raimundo la grande escena de la elección del rey de los animales, el apoyo que al león presta el zorro, la oposición del buey y del caballo, que ofendidos se entregan al hombre. Le pertenece también el importante episodio de la embajada que el rey de los animales envía al rey de los hombres por medio del leopardo y de la onza, llevándoles como presentes el gato y el perro. La descripción del la corte del rey de los hombres da pretexto a nuestro autor para censurar la licencia y deshonestidad de los cantos y músicas de los juglares. Otro episodio enteramente nuevo y propio de un libro de caballerías es el combate singular entre la onza y el leopardo, a quien el león había robado tiránicamente su mujer. De los dos chacales o lobos cervales del texto árabe no ha conservado más que uno, convirtiéndole en zorra, lo mismo que el traductor latino, Juan de Capua. Todo lo restante de la primera parte del *Calila y Dimna* está imitado con la misma libertad, pasando a veces a formar parte del cuadro general los que en el libro árabe eran apólogos sueltos recitados por varios animales y atribuyéndose a unos las aventuras de otros. El animal, verbigracia, que por necia confianza se sacrifica para aplacar el hambre del león, no es aquí el camello, sino el buey. La conspiración del zorro contra el rey, descubierta por el elefante, y el castigo y suplicio del pérfido consejero, difieren en gran manera del relato análogo del *Calila*.

Los apólogos sueltos están imitados con más fidelidad y conservan mejor las líneas generales. Entre ellos figuran el de la rata convertida en mujer, el del cuervo y la serpiente, el de la garza y los pecados, el terrible cuento budista del hombre ingrato y las bestias agradecidas, que ya Ricardo Corazón de León contaba en 1195 y que todavía encontramos en el *Criticón* de Baltasar Gracián, el del zorro y los dos machos cabríos. Dos o tres menos curiosos hay en el *Libro Félix* que no proceden del *Calila*, pero que se encuentran en otras colecciones novelescas de la misma familia; por ejemplo el de la mujer curiosa y el gallo, que está en la introducción de *Las mil y una noches*. Acaso estos cuentos estarían intercalados en el *Calila* que vió Ramón Lull, o llegarían a él por tradición oral de los musulmanes, que es lo más probable. Todos ellos están narrados con facilidad y gracia; pero cuando los autores de la *Historia Literaria* conceden a Lulio el mérito de haber traído por primera vez la mayor parte de estos apólo-

gos a una lengua vulgar, parecen olvidar la traducción castellana de *Calila*, que es de 1261 por lo menos, al paso que el *Libro Félix* tiene fecha de 1286. La diferencia es muy pequeña, como se ve, y siempre le queda a Lulio la ventaja de haber dado a sus ejemplos una forma relativamente original, acaso porque escribía de memoria.

La influencia de R. Lulio en las obras didácticas de D. Juan, hijo del infante don Manuel, ha sido exagerada en los términos (1); pero es innegable respecto de un libro, y puede presumirse racionalmente respecto de otro. El libro *del caballero et del escudero*, que el nieto de San Fernando compuso «en una manera que dicen en Castiella fabliella», tiene por modelo en sus primeros capítulos el *Libre del orde de cavayleria*, y el mismo D. Juan Manuel confiesa esta imitación, aunque sin nombrar a Lulio: «Yo don Johan, fijo del Infante don Manuel, fiz este libro, en que puse algunas cosas que fallé en un libro, et si el comienzo del [es] verdadero o non, yo [non] lo sé, mas que me pareció que las razones que en él se contenian eran muy buenas, tove que era mejor de las scrivir que de las dexar caer en olvido. E otrosí puse y algunas otras razones que fallé scritas, et otras algunas que yo puse, que pertenescian para seer y puestas». En efecto, la sencillísima fábula novelesca es casi la misma en ambas obras, si bien debe advertirse que habiéndose perdido un enorme trozo del libro castellano (desde el capítulo III al XVII), no es posible apreciar las variantes de detalle que pudo introducir el nieto de San Fernando. Lo que tenemos del principio se reduce a lo siguiente: «Dise en el comienzo de aquel libro que en una tierra avia un Rey muy bueno et muy ónrado et que fazia muchas buenas obras, todas segun pertenescia a su estado... Acaesció una vez que este Rey mandó fazer unas cortes, et luego que fué sabido por todas las tierras, vinieron y de muchas partes muchos omnes ricos et pobres. Et entre las otras gentes venia y un escudero mancebo, et commo quier que él non fuesse omne muy rico, era de buen...» (2). Aquí queda interrumpido el relato, y cuando volvemos a encontrar al caballero y al escudero es en plena plática sobre el oficio y orden de la caballería. En estas instrucciones doctrinales hay mucha semejanza, pero no identidad ni mucho menos, y aun D. Juan Manuel cita otra fuente: «Pero si vos quisierdes saber todo esto que me preguntastes de la cavallería conplidamente, leed un libro que fizo un sabio que dizen *Vejecio*, et y lo fallaredes todo».

En el prólogo de Raimundo Lulio nada se dice de lo que aconteció al escudero en las justas, ni de su vuelta a la ermita, ni de las nuevas lecciones que recibió del caba-

(1) Particularmente en los curiosos estudios del malogrado profesor D. Francisco de Paula Canalejas, que tuvo el mérito de llamar por primera vez la atención sobre estas semejanzas y relaciones de Raimundo Lulio y D. Juan Manuel (*Revista de España*, mayo y octubre de 1868).

También pecó de exageración el inolvidable D. Mariano Aguiló en estas palabras de su prólogo al *Libre del Orde de Cavayleria*: «En lo catorzen segle la gentil ploma de D. Juan Manuel, gran saltejadora de les obres de Ramon Lull, se apodera dest tractat y feusel seu sens anomenar a son autor».

Más imparciales están aquí los autores de la *Histoire Littéraire*: «Le Livre du Chevalier et de l'Ecuyer, de D. Juan Manuel, diffère beaucoup du traité de Lulle, et comme on peut s'y attendre de la part d'un tel auteur, est bien autrement original» (T. 29, p. 394). La frase, sin embargo, parece demasiado desdeñosa para Lulio, que es tan original como el que más, y el mismo Littré reconoce que el principio del libro fué fielmente reproducido, tanto por D. Juan Manuel como por el autor del *Tirante*.

(2) *Don Juan Manuel, El Libro del Cavallero et del Escudero. Mit Einleitung, Anmerkungen und einem Anhang über den Sprachgebrauch Don Juan Manuels, nach der Handschrift neu herausgegeben von S. Gräfenberg...* Erlangen, 1893, p. 449.

En esta correcta edición (tirada aparte de los *Romanische Forschungen*) debe leerse el *Libro del Caballero et del Escudero*. Para el de los *Estados* hay que recurrir todavía al tomo de *Escritores en prosa anteriores al siglo XV*, en la Biblioteca de Rivadeneira.

llero anciano, ni de la muerte y entierro de éste último. Todas estas son adiciones de D. Juan Manuel para dar más interés y atractivo a la novela y poder intercalar en ella nuevos elementos didácticos. Las enseñanzas que contiene esta segunda parte del libro, que es la más larga, no pertenecen ya al doctrinal caballeresco, sino que constituyen una pequeña enciclopedia, en que sucesivamente se trata de Dios, de los ángeles, del Paraíso y el Infierno, de los cielos, de los elementos, de los planetas, del hombre, de las bestias, aves y pescados, de las yerbas, árboles, piedras y metales, de la mar y la tierra. El plan es, con corta diferencia, el del *Libro Félix*, y me parece seguro que don Juan Manuel le conoció, pero en su exposición nada hay que recuerde el peculiar tecnicismo luliano ni los procedimientos dialécticos a que nunca renunciaba el Doctor Iluminado, y que dan tanta originalidad *formal* a su doctrina hasta cuando no hace mas que exponer las nociones vulgares del saber de la Edad Media. Tal sucede en el caso presente, y la misma vulgaridad de estas nociones hace difícil la investigación precisa de sus fuentes, pues lo mismo que en R. Lulio pudo encontrarlas el Príncipe castellano en las *Etimologías* de San Isidoro, en el *Speculum* de Vicente de Beauvais, en las obras de su propio tío Alfonso el Sabio o en el *Lucidario* de su primo el rey D. Sancho. Cuando habla por su propia cuenta, como al tratar de las aves, bien se ve al gran cazador y al observador entusiasta, que enriquece su estilo con admirable caudal de rasgos pintorescos.

Tan pagado quedó D. Juan Manuel del *Libro del caballero et del escudero* (que debió de ser el primero que compuso), que al citarle años después en el *Libro de los Estados*, no pudo menos de elogiarse a sí mismo candorosamente: «Et como quier que este libro fizo D. Juan en manera de fabliella, sabed, señor infante, que es muy buen libro et muy provechoso, et todas las razones que en él se contienen son dichas por muy buenas palabras et por los muy fermosos latines que yo nunca oí decir en libro que fuese fecho en romance». Este singular cuidado del estilo, esta preocupación literaria, tan rara en la Edad Media, aleja notablemente el arte reflexivo de D. Juan Manuel de la espontaneidad abandonada y genial de Ramón Lull, Don Juan Manuel era un escritor aristocrático y refinado, R. Lulio un predicador popular, un asceta subleme, un iluminado. Entre dos naturalezas tan diversas pudo haber contacto fortuito, pero no verdadera compenetración. R. Lulio influyó en D. Juan Manuel como tratadista enciclopédico y como autor de apólogos y *fabliellas*, pero su misticismo y su doctrina de la ciencia le fueron extraños siempre; no así sus razones de teología popular, que acepta y da por buenas en varios pasajes de sus obras.

El *Libro de los Estados*, que es la más extensa, aunque no la más importante de las obras del egregio sobrino del Rey sabio, tiene notoria semejanza con el *Blanquerna* en cuanto ofrece una revista completa de la sociedad del siglo XIV en todas sus clases, condiciones y jerarquías, así de clérigos como de laicos. Pero en D. Juan Manuel esta revista es puramente expositiva, al paso que en el filósofo mallorquín está toda en acción y es el fondo mismo de la novela. Con el *Libro del Gentil y de los tres Sabios* conviene el de los *Estados* en incluir una breve comparación de las tres leyes. Pero ni este tratado, ni el *Blanquerna*, ni el *Félix*, ni mucho menos el *Poema de Perceval*, como alguien ha expuesto, explican los verdaderos orígenes de la ficción de D. Juan Manuel, que se deriva directamente de la tradición oriental representada por un libro de los más conocidos y famosos.

El *Libro de los Estados* es, sin disputa, un *Barlaam y Josaphat*, el más antiguo y el más interesante de los que tenemos en nuestra lengua. Pero ofrece tales divergencias

respecto del *Barlaam* cristiano atribuido a San Juan Damasceno y vulgarizado en todas las literaturas de la Edad Media, que para mí no es dudoso que fué otro libro distinto, probablemente árabe o hebreo, el que nuestro príncipe leyó o se hizo leer, y arregló luego con la genial libertad de su talento, trayendo la acción a sus propios días y enlazándola con recuerdos de su propia persona. En una palabra, creemos que el *Libro de los Estados*, aunque en el fondo sea un *Barlaam*, en su forma es una nueva y distinta adaptación cristiana de la leyenda del reformador de Kapilavastu. Hasta el nombre de *Johas*, que D. Juan Manuel le da, parece mucho más próximo que el *Josaphat* griego a la forma *Joasaf*, usada por los cristianos orientales, la cual a su vez era corruptela de *Budasf*, como esta de *Budisatva*; explicándose tales cambios por la omisión en árabe de los puntos diacríticos. Además, en D. Juan Manuel, los tres encuentros de Buda están reducidos a uno solo, y éste es precisamente el que falta en el *Barlaam y Josaphat*, aunque sea el más capital de todos en el *Lalita Vistara*. En D. Juan Manuel, el Príncipe no ve al ciego, ni al leproso, ni al viejo decrépito, sino solamente *el cuerpo del ome finado*, y por eso es más grande y dramática la forma de su única iniciación en el misterio de la muerte (cap. VII).

«Et andando el infante Johas por la tierra, asi como el Rey su padre mandara, acaesció que en una calle por do él pasaba, tenían el cuerpo de un home muy honrado que finara un dia antes, et sus parientes et sus amigos et muchas gentes que estaban y ayuntados, facían muy grant duelo por él. Et cuando Turin, el caballero que criaba al Infante, oyó de lueñe las voces, et entendió que facían duelo, acordóse de lo que el rey Morován, su padre del infante, le demandara, et por ende quisiera de grado desviar el Infante por otra calle do non oyese aquel llanto, porque hobiese a saber que le facían porque aquel home muriera. Mas porque al logar por do el Infante quería ir era más derecho el camino por aquella calle, non le quiso dexar pasar, et fué yendo hasta que llegó al logar do facían el duelo, et vió el cuerpo del home finado que estaba en la calle, et cuando le vió yacer et vió que habia faciones et figure de home, et entendió que se non movia nin facia ninguna cosa de lo que facen los homes buenos, maravillose ende mucho... Et porque el Infante nunca viera tal cosa ni lo oyera, quisiera luego preguntar a los que estaban qué cosa era; mas el grant entendimiento que habia le retuvo que lo non feciese, ca entendió que era mejor de lo preguntar más en puridad a Turin, el caballero que lo criara, y ca en las preguntas que home face se muestra por de buen entendimiento o non tanto... A Turin peso mucho de aquellas cosas que el Infante viera, e aun más de lo que él le preguntara, et fizo todo su poder por le meter en otras razones et le sacar de aquella entención; pero al cabo, tanto le afincó el Infante, que non pudo excusar dél decir alguna cosa ende, et por ende le dixo: «Señor, aquel cuerpo que vos allí viestes era home muerto, et aquellos que estaban en derredor dél, que lloraban, eran gentes que le amaban en quanto era vivo, et habian grant pesar porque era ya partido dellos, et de alli adelante non se aprovecharían dél. E la razon porque vos tomastes enojo et como espanto ende, fue que naturalmente toda cosa viva toma enojo et espanto de la muerte, porque es su contraria, et otrosi de la muerte, porque es contraria de la vida...»

Coincide el *Libro de los Estados* con el de *Barlaam y Josafat* en la disputa de las religiones, en la conversión del rey, padre de Joas, y en otros pormenores, pero no en el motivo del encerramiento del Príncipe, que aquí no se funda en un vaticinio de los astrólogos, ni en el recelo de que se convirtiera a la nueva fe, sino en el motivo puramente humano, aunque quimérico, de ahuyentar de él la imagen del dolor y de la muerte. «Este rey Morován, por el grant amor que había a Johas su fijo el infante, receló

que si supiese qué cosa era la muerte o qué cosa era pesar, que por fuerza habría a tomar euidado et despagamiento del mundo, et que esto seria razón porque non viviese tanto ni tan sano».

El libro de don Juan Manuel, aunque curiosísimo históricamente y tan bien escrito como todas sus obras, no corresponde del todo a tan soberbia portada. Desde la conversión y bautizo del Infante pierde todo interés novelesco. Las instrucciones morales y políticas que el ayo Julio da a Joás se leen con gusto por la gracia de la expresión y por el fino sentido práctico que caracteriza a nuestro moralista, pero carecen de la profundidad dogmática y del inefable hechizo que tienen las ascéticas parábolas del *Barlaam*.

Y llegamos a la obra capital de don Juan Manuel, a la obra maestra de la prosa castellana del siglo XIV, a la que comparte con el *Decameron* la gloria de haber creado la prosa novelesca en Europa, puesto que ni las *Cento novelle antiche* en Italia, ni en España las obras que hasta aquí van enumeradas, son productos de arte literario, maduro y consciente, sino primera materia novelística, elementos de *folk-lore*, obra anónima y colectiva, o bien parábolas y símbolos, puestos, como en el caso de R. Lull, al servicio de una enseñanza moral o teológica. El cuento por el cuento mismo, como en Boccaccio; el cuento como trasunto de la varia y múltiple comedia humana, y como expansión regocijada y luminosa de la alegría de vivir; el cuento sensual, irreverente, de bajo contenido a veces, de lozana forma siempre, ya trágico, ya profundamente cómico, poblado de extraordinaria diversidad de criaturas humanas con fisonomía y afectos propios, desde las más viles y abyectas hasta las más abnegadas y generosas; el cuento rico en peripecias dramáticas y detalles de costumbres, observados con serena objetividad y trasladados a una prosa elegante, periódica, cadenciosa, en que el remedo de la facundia latina y del número cirerónico por lo mismo que se aplican a tan extraña materia, no dañan a la frescura y gracia de un arte juvenil, sino que se realzan por el contraste, fué creación de Juan Boccaccio, padre indiscutible de la novela moderna en varios de sus géneros y uno de los grandes artífices del primer Renacimiento.

En 1335, trece años por lo menos antes de la composición del *Decameron* (puesto que la peste de Florencia, con cuya descripción empieza, acaeció en 1348), había terminado don Juan Manuel la memorable colección de cuentos y apólogos que lleva el título de *Libro de Patronio*, y más comunmente el de *Conde Lucanor*. No puede haber dos libros más semejantes por el temperamento de sus autores, por la calidad de las narraciones, por el fondo moral, por los procedimientos de estilo, y sin embargo, uno y otro son grandes narradores, cada cual a su manera, y sus obras, en cuanto al plan, pertenecen a la misma familia, a la que comienza en la India con el *Calila y Dimna* y el *Sendebar* y se dilata entre los árabes con *Las Mil y una noches*. El cuadro de la ficción general que enlaza los diversos cuentos es infinitamente más artístico en Boccaccio que en don Juan Manuel; las austeras instrucciones que el conde Lucanor recibe de su consejero Patronio no pueden agradar por sí solas como agradan las introducciones de Boccaccio, cuyo arte es una perpetua fiesta para la imaginación y los sentidos. Además, el empleo habitual de la forma indirecta en el diálogo comunica cierta frialdad y monotonía a la narración; en este punto capital, Boccaccio lleva notable ventaja a don Juan Manuel y marca un progreso en el arte. Y sin embargo, el que lee los hermosísimos apólogos de don Illán, el mágico de Toledo; de Alvar Fáñez y doña Vascaña; de los burladores que hicieron el paño mágico; del mancebo que casó con una mujer áspera y brava y llegó a amansarla; del conde Rodrigo el Franco y sus compañeros; de la